El Diario DE LA CULTURA
VIERNES 15 DE DICIEMBRE DE 1995

Vaimacá-Perú, Guyunusa, Tacuabé y Senaqué, exhibidos como animales en un corralón de Paris. Biblioteca Nacional de Paris.

El Mundo Charrúa

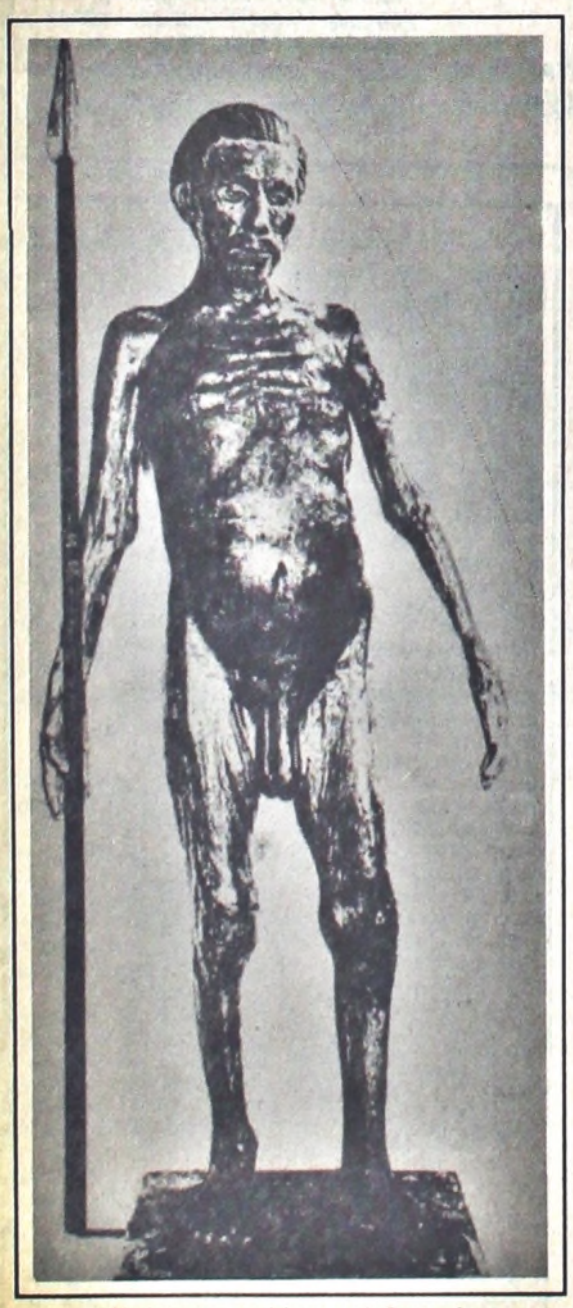
por DANIEL VIDART

XII. EN EL JARDIN ANTROPOLOGICO DE PARIS

Uno de los episodios más dolorosos de la historia de la nación charrúa es el de la suerte corrida por los cuatro indígenas llevados a París.

Conocida la voluntad de expulsarlos, puesta de manifiesto por el Gobierno uruguayo, François de Curel, el aventurero y embaucador francés al que me referí en el anterior capítulo, solicita a las autoridades permiso para llevar consigo, en su regreso a Europa, cuatro charrúas para "presentarlos a S.M. el Rey de Francia, a las sociedades científicas y a otras personas de distinción e ilustración". El Gobierno nacional aprueba gustosamente este pedido "considerando cuán perjudiciales son al país los Indios Charrúas por sus malos hábitos e inaplicación al trabajo". Luego de un corto trámite, dado que hubo algunos cambios en la elección de los prisioneros que serían conducidos a Francia, el 25 de febrero de 1833 parten en el bergantín **Faeton** el empresario Curel y su familia con el correspondiente equipaje, en el que se incluyen cuatro charrúas y dos ñandúes.

Nadie se ocupó en Montevideo de comentar este nimio suceso. El tema de los charrúas ya no interesaba, salvo a los sufridos sobrevivientes de aquella etnia.



Vaciado en yeso del cuerpo de Senaqué, quien fuera terrible lancero. La tisis hizo su obra: solo quedan la piel y el hueso del hercúleo charrúa de otrora.

UN CUARTETO DE PRESOS POLITICOS

Los escogidos para integrar el cuarteto de salvajes que serían exhibidos como animales exóticos en la Ciudad Luz no eran propiamente cimarrones. Además de su lengua, hablaban el español, el portugués y el guaraní. Alguno de ellos -quizá Tacuabé- no poseía en toda su pureza los rasgos somáticos de un charrúa genuino, pues las mezclas interétnicas e interraciales abundaban en aquel ir y venir de hombres y de pueblos que se misturaban en el crisol de la Banda Oriental. El cuarteto finalmente elegido estaba integrado por tres hombres y una mujer. Los hombres eran Vaimaca-Perú, Senaqué y Tacuabé. La mujer se llamaba Guyunusa. Laureano Tacuabé y Micaela Guyunusa, ambos bautizados en Paysandú, y quizá también nacidos en los pagos del Queguay, fueron padres de una niña, cuyo parto pudo ser presenciado y descripto por testigos franceses. Estos quedaron admirados ante los procedimientos puestos en práctica por Guyunusa y su asistente Tacuabé, y, más tarde, sinceramente conmovidos al comprobar la ternura demostrada hacia la niña recién nacida por quienes eran considerados como seres insensibles y brutales. Hubo, en consecuencia cinco charrúas en París: cuatro de origen uruguayo y uno de ocasional cuna europea.La historia nos ha legado una detallada narración de la enfermedad y la muerte de tres de ellos. En cambio nada se sabe sobre el destino de Tacuabé y su hijita, que finalmente huyeron. Asediados en el momento de la insolidaridad y el desamparo, quizá también supieron perderse "como los gatos" en la espesura. ¿Sufrieron en el corto plazo la misma suerte que los otros, heridos por la enfermedad y la nostalgia? ¿O alcanzaron a sobrevivir y lograron desparramar su simiente en la matriz del pueblo? Una loca versión que llegó a mis oídos cuenta que Mitterrand, cuyos altos pómulos y ojos achinados le confieren un aire exótico, se ufana de tener sangre charrúa... Sería instructivo indagar el punto, Internet mediante.

EL PRONTUARIO DE LOS "SALVAJES"

En el Jardín Zoológico se exhiben las fieras a los ojos de los curiosos. Estas instituciones muestran también, ante quien sepa descubrirlo, los malvados instintos de envidia y revancha de la humanidad, prisionera en las ciudades y, a la vez, tributaria de perversas escalas de valores. La existencia de los zoológicos es una aberración que edulcoramos con la alegría dominguera de nuestros niños, aprendices de la crueldad de sus mayores, quienes indigestan con caramelos a los micos y contemplan, temerosamente, la resignada dignidad de los leones.

Una vez en París los cuatro charrúas son llevados a los Campos Elíseos donde, en un pequeño corralón de la **Allée d'Antin**, son instalados para que el público los contemple. El empresario Curel remite una invitación a los miembros de la Academia de Ciencias redactada en los siguientes términos: "Estos individuos forman parte de una quincena de prisioneros conducidos a Montevideo en junio de 1832. El Presidente de la República

Azoteas de Montevideo, 1840. Acuarela de D'Hastrel.

Oriental del Uruguay me ha permitido traer a Europa estos cuatro, escogidos entre los que más interés ofrecen por sus rasgos fisiológicos. El primero es un cacique temible; el segundo es un sedicente médico que, a la pretendida ciencia de la magia medicinal, une realmente el conocimiento de plantas curativas (**simples**) capaces de cicatrizar las heridas. El tercero es un joven y feroz guerrero, renombrado por su habilidad para domar los caballos salvajes; la cuarta es una mujer, compañera del joven guerrero. Estos cuatro individuos ofrecen vivientes modelos de la constitución física y los caracteres morales tan bien descriptos por el sabio autor de la **Historia natural del género humano** (J.J. Virey). Ellos representan los verdaderos tipos de la Tercera Raza de hombres, denominada raza cobriza"... "Los cuatro charrúas han traído sus vestimentas habituales, sus armas y los pocos utensilios que utilizan en sus habitaciones nomádicas. Un toldo (o tienda de juncos), fabricado por ellos, será armado en el local cerrado (**encios**) donde residen para que les sirva de alojamiento". El sábado 8 de junio los cuatro charrúas son exhibidos por vez primera y un diario, **El Tiempo**, se refiere así al hecho: "Estos hombres, pertenecientes a una raza tan extraña a nuestros climas y a nuestras costumbres, tienen un tinte de cobre rojizo, la cabeza casi redonda y los cabellos de un negro muy pronunciado. El cacique Perú, de cincuenta años, lleva sobre el cuerpo la cicatriz de un enorme sablazo que recibió en combate. Apesar de su aire grave y su gesto hosco, lo hemos visto sonreír ante el atuendo de algunas damitas que estaban presentes en la reunión. Tacuabé, el más joven de los tres hombres, presenta un aspecto bastante agradable; era conocido en su país por su talento para domar los caballos salvajes y los toros (sic). Ha ofrecido, ante el grupo de espectadores, un ejemplo de su fuerza y de su habilidad para manejar el tiro de boleadoras y el lazo de los cuales se sirven para envolver y apresar a su enemigo. La joven se llama Guyunusa; no es bella; no tiene tampoco el tinte cobrizo de sus compañeros; se ha convertido en la concubina de Tacuabé, que tiene, al igual que ella, veinte años, luego de haber pertenecido al cacique Perú. Así lo permiten sus costumbres; se toma mujer y se la deja cuando ya no les conviene; no existe otra formalidad para el matrimonio. El cuarto charrúa se llama Senaqué. Constante y fiel compañero del cacique durante la guerra contra el Brasil, se destacaba por su bravura. Está herido en el pecho por un lanzazo, del cual se advierte la marca. Estos cuatro salvajes están casi desnudos y acuclillados alrededor de un fogón donde asan las carnes frescas que se les trae para su alimentación. Al principio se han sentido un poco desconfiados ante la presencia de 15 o 20 extraños. Sin embargo poco después se sintieron más cómodos y como entendían y hablaban bastante bien el español y el portugués pudieron responder a las preguntas que les formularon algunos de los visitantes".

También los académicos, con frívola negligencia, observan a los charrúas y -nada menos- desean conocer sus reacciones ante la música clásica. Los "auditores del desierto" se animaron vivamente al sentir los solos de flauta y trompeta. No hubo mucho interés científico por los indígenas: Virey publicó un informe con las características de un libelo, disminuyéndoles casi al nivel animal; Larrey, más a tono con su condición de naturalista, escribió unas breves observaciones anatómicas sin mayor trascendencia.

NACIMIENTOS Y DECESOS

Pronto enferma y muere Senaqué. Su cuerpo fue llevado al laboratorio de anatomía del Museo, donde se le estudió a fondo. Camus, un interno de la **Maison Royale de la Santé** describió su dramático fin, y lo hizo con una sensibilidad y congoja que emocionan. Cuenta que no murió de la hernia que le había provocado un lanzazo en la región epigástrica: atribuye su deceso, que se produjo rápidamente, luego de algunos síncopes, a una "fiebre de consunción" originada por "la desesperación, el tedio y sobre todo el mal del país, este corrosivo flagelo que no da tregua ni reposo". Preguntado el pobre Senaqué sobre la localización de sus dolencias contestaba: "**la barrica, la cabesta**". Rehusaba comer; en cambio pedía "**agua fresca**" -así dice el original en francés- y la bebía ávidamente. Vuelto contra la pared, mudo e impasible, "**Il resta inmovile**" es decir, permaneció quieto, aguardando la muerte que pronto lo liberaría del horror del exilio, esa enfermedad del alma que hemos conocido muchos orientales de ayer y de hoy.

A los dos meses de la muerte de Senaqué nace la niña de la cual, desde el Uruguay, ya venía embarazada Guyunusa. El parto, asistido por Tacuabé, llama la atención, como ya dije antes, a losobstetras franceses. El relato de Tanchou, que en otra oportunidad traduciré para su publicación, pues pienso que es imprescindible editar en nuestra lengua el extraordinario estudio de Paul Rivet sobre **Les Derniers Charruas (Revista de la Sociedad Amigos de la Arqueología)**, Montevideo 1930, tomo IV, pp. 5-117) cuenta como la parturienta se asía de una cuerda para mantener las piernas flexionadas, mientras Tacuabé la sacudía como a una bolsa de papas. Esta maniobra -técnica del cuerpo diría Mauss- se conocía muy bien en nuestra familia: mi abuela María Marote había visto a más de una india de las recogidas en su casa marchar hacia el arroyo Soto, acercarse a la orilla, tomarse, con ambas manos separadas, de las ramas de los sauces llorones que pendían sobre la rivera, dar a luz en cuclillas y de inmediato bañar sus criaturas en el agua fría. De tal modo las hacían sobrecoger y llorar con ganas, para que expulsaran el meconio y entraran, a grito pelado, en la puta vida que les tocaría sufrir luego.

Hacia fines de 1833 muere Vaimaca Perú, el famoso lancero de Artigas y héroe en la reconquista de las Misiones. El Dr. Rivet lamenta no haber podido descubrir la narración de la circunstancia de su deceso.

DEL CORRALON AL CIRCO

Prontamente Curel, un comerciante sin escrúpulos, vendió sus cautivos al propietario de un circo. Este los exhibió y trató como animales. A chicote limpio, así lo testimonia Seguier, un académico y magistrado que verificó su miserable condición, son obligados Tacuabé y Guyunusa a representar ridículos e innobles papeles. El hercúleo Tacuabé, entre otros menesteres, levanta pesas. Y, como plato fuerte, el trío de charrúas -padre, madre e hijita- es presentado en medio de la tropa de los otros animales, como bichos de primera categoría. Almas caritativas ponen a la justicia tras las huellas del empresario pero éste se escabulle una y otra vez. En vez de ir a Estrasburgo, lugar donde sería detenido y despojado de sus presas humanas, el **barnum** se desvía hacia Lyon. Allí muere Guyunusa de tuberculosis en el **Hotel-Dieu**. Ingresa el 22 de julio de 1834 y expira en el mismo día. Rivet observa que el inescrupuloso especulador entregaba agonizantes, y no enfermos -lo mismo había sucedido con Senaqué- al ya imposible cuidado de la ciencia médica.

Finalmente, después de esta terrible pérdida, acaecida en el mes de julio de 1834, se pierden las huellas de Tacuabé y su niña. ¿Siguieron con el circo? ¿Escaparon? Y de ser así ¿hacia dónde se dirigieron? ¿Habrán podido sobrevivir en un medio hostil, en un mundo extraño a los hábitos de una tribu nomádica, amante del aire libre, de los caballos veloces, de la plenitud de los horizontes abiertos?

Estas son preguntas por ahora sin respuesta. Pero las otras grandes preguntas, las que debemos hacernos hoy los uruguayos ante nuestras propias malas conciencias requieren una contestación amplia, de orden ético y político, que por cierto va más allá de las investigaciones y consideraciones futuras que puedan publicarse sobre este triste asunto. No obstante ello, resulta imprescindible insistir en el tema. Un primer paso debe ser encaminado a lapublicación del **dossier** completo donde se documenta el cautiverio de los charrúas en tierra francesa. Un segundo paso, el más importante, debe reunir un equipo de estudiosos uruguayos para recopilar, comparar, anotar y editar todo, absolutamente todo el material que se haya publicado sobre la macroetnia charrúa, tanto en el Uruguay, la Argentina y el Brasil como en el resto del mundo. Ahora contamos con nuevas metodologías para obtener con celeridad las informaciones. Creo que constituye un deber patriótico asumir este desafío. Yo por mi parte, con las fuerzas que me restan, pienso seguir adelante en este deambular, que ya lleva medio siglo, en pos de la trama de nuestra identidad nacional. Siento que tras mío empujan con incansable coraje, alentándome, los muertos y los vivientes de mi estirpe sanducera, gentes de armas tomar que siguen ardiendo, como un trasfoguero, en el rescoldo de mi corazón.

FIN DE LA SERIE